

PUBLICACIONES

EL EXPERIMENTO DEL NACIONALCATOLICISMO

Alfonso Alvarez Bolado nos presenta en este libro la recopilación de cinco artículos suyos aparecidos entre 1970 y 1975, últimos años del franquismo. Son artículos escritos al calor de acontecimientos precisos de la realidad española que quieren revisar críticamente la opción de base de su Iglesia durante los primeros veinte años del gobierno de Franco, opción que siguió operante, de alguna manera, hasta los inicios del Concilio. A partir de hechos concretos el autor analiza los peligros que acechan a la fe de los cristianos que se comprometen en un cambio sociopolítico, y a la Iglesia que intenta desembazarse de su alianza estrecha con el proyecto político franquista.

La Iglesia y el régimen franquista

Terminada la guerra, la Iglesia española recibió y aceptó la tarea de aportar el catolicismo como uno de los pilares básicos —junto al nacionalismo— para la unificación y reconstrucción del país. Esto significaba en la práctica ser la monopolizadora de la enseñanza religiosa y ética; disponer de todos los canales oficiales para realizar su labor; ser apoyada desde el poder para catolizar el país; confusión de hecho entre "ser español" y "ser católico", entre Iglesia y Patria; y una autolimitación en sus posibilidades de crítica frente al proyecto socio-político implementado.

La explicación de por qué la Iglesia aceptó este papel puede hallarse en el pasado inmediato de la guerra civil, en las opciones que se le ofrecían y en sus reflejos de temor frente a la modernidad y a sus interrogantes críticos. Asumir el rol que Franco le asignaba era la posibilidad de postergar el enfrentamiento con la crisis que trae consigo el dejarse cuestionar por la modernidad.

Durante las décadas de los cuarenta y cincuenta la Iglesia fue la única institución que gozó de un margen considerable de libertad dentro de los límites establecidos por el proyecto franquista. Así, en su interior,

fue gestándose lentamente el compromiso de numerosos cristianos que, movidos por su fe e ilustrados por la doctrina social de la Iglesia, se sintieron llamados a luchar por un cambio socio-político. Pero este compromiso estaba marcado indefectiblemente por la peculiar situación de la Iglesia española y por la falta de libertad en la sociedad global.

El esquema franquista unificaba catolicismo, ética y opciones del régimen en un integrismo ideológico. Este mismo rasgo, pero con signo contrario aparecerá en los cristianos comprometidos que establecerán una línea continua entre su cristianismo, sus opciones éticas y sus opciones políticas. Si a esto unimos la imposibilidad de una discusión política abierta en la sociedad española de ese tiempo, y la necesaria clandestinidad de muchos de esos militantes, se dibuja un tipo de compromiso que tiende a ideologizar la fe identificándola con las opciones políticas personales y a hacerse intransigente con cualquier otro tipo de opciones. Estos cristianos, que asumían las tareas que otros no querían o no sabían asumir, fácilmente entraron en crisis de fe, ya sea porque la fe les parecía vacía frente a la acción política recién descubierta, ya sea porque no se sentían acogidos dentro de una Iglesia con opción franquista, o porque los fracasos en la acción política los llevaban al rechazo de la fe con la cual identificaban su opción. Lo importante de recalcar es que la crisis de fe de estos cristianos tiene como causa última la falta de libertad de la sociedad española de esos años y la integración de la Iglesia como uno de los elementos básicos del régimen.

Separación del régimen

La Iglesia española después del Concilio inicia un movimiento de separación y de enfrentamiento crítico respecto al régimen franquista, y de asunción dolorosa de los rasgos de la modernidad con sus características de racionalidad, libertad, proyecto de cambio y de liberación. Es-

te giro produce en ella una crisis de identidad que se traduce en considerar sin sentido el logro de las finalidades comunitariamente propuestas. Sectores importantes viven esta situación como un vértigo de autodestrucción y tienden a desear una pronta restauración que introduzca la modernización exterior, sin dar lugar a la auténtica confrontación con la mentalidad moderna. Mientras esto se siente dentro de la Iglesia, desde fuera de ella el Estado percibe cómo pierde uno de los pilares básicos de sustentación y cómo la Iglesia, que tiene asignada la función de controlar una serie de fuerzas sociales y de legitimar y conservar, se transforma en institución crítica y disfuncional.

En la confluencia del temor de la Iglesia a disolverse en el proceso de cambio y modernización y del deseo del Estado de que siga cumpliendo las funciones tradicionalmente encomendadas a ella, el autor sitúa lo que llama el "neogalicismo", es decir, "una práctica de integración de la Iglesia y sus funciones sociales, realizada desde el poder político en una coyuntura en que éste necesita la recuperación de las funciones sociales de la Iglesia para legitimar su proceso de modernización social" (210). En el intento de resituar a la Iglesia desde la óptica del poder político, éste cuenta con aliados internos, es decir, aquellos sectores de la Iglesia que prefieren tener un lugar preciso en la sociedad, gozar de cierta protección del Estado y realizar la misión evangelizadora dentro de los límites que el régimen le exige, es decir, cumplir una misión fundamentalmente legitimadora y conservadora y ausente de la crítica social.

La Iglesia frente a la opción política

Además de señalar las consecuencias que ha traído la opción franquista para el compromiso de los cristianos, y de señalar los riesgos de un neogalicismo, Alvarez Bolado esboza las líneas de lo que debiera ser la postura de la Jerarquía y de la

Comunidad Cristiana frente a la acción política.

La Jerarquía debe establecer un marco crítico de la acción cristiana determinando cuáles son los límites en que las opciones se hacen inhumanas o antihumanas y cuáles opciones corren el riesgo de llegar a ello. En algunos casos deberá indicar que ciertas opciones, si son realizables, deben tomarse para no destruir la convivencia (v.gr.: la necesidad de optar por la democracia).

En esta tarea los obispos no pueden sujetarse a la estrategia estatal muchas veces invocada a título del interés nacional o del bien común. El Estado tiene sus propios medios para alcanzar sus fines, y la estrategia pastoral no tiene por qué sujetarse. Lo mismo puede decirse de algún obispo que en alguna circunstancia tendrá que hablar, a pesar de que otros compañeros de episcopado no puedan hacerlo, si no quiere ser infiel a su misión.

Pero la Iglesia debe llamar a los cristianos al compromiso político desde una auténtica vocación proveniente del discernimiento espiritual y no desde un simple mimetismo con los

movimientos políticos seculares y como modo de validarse en el contexto social. Esto implica que la Iglesia debe estar dispuesta a ir hasta las últimas consecuencias de persecución, pobreza y pérdida de poder que van implícitas en un auténtico compromiso por el hombre. Sólo si las cosas son así se evitará lo tantas veces acontecido, de que se exhorte a los cristianos al compromiso político, pero se les abandone cuando ese compromiso lleva a dificultades. La Iglesia está llamada a ir desde una retórica a una ortopraxis.

Por último, y principalmente, la Iglesia debe ser siempre un ámbito de pluralismo y encuentro de diferentes opciones posibles dentro del marco crítico anteriormente mencionado. Así puede mostrar la trascendencia del Reino frente a todo proyecto político concreto y ser capaz de denunciar sus intenciones de absolutizarse excluyendo otras opciones posibles. Es precisamente lo contrario de lo que sostenía, al menos en su postura oficial e inicial, la Iglesia durante el franquismo. Es la consecuencia de que la opción política siempre envuelve un riesgo y no pue-

de ser deducida del Evangelio y justificarse con él.

Este conjunto de artículos de Alvarez Bolado, como decíamos al comienzo de este comentario, está muy ligado al acontecer de la Iglesia española durante el período franquista. Ni Latinoamérica es España, ni nuestra Iglesia es la española, pero puede ser sugerente la lectura de este libro para comprender tanto la actitud de ciertos sectores cristianos comprometidos que, bajo condiciones de falta de libertad social, se ven obligados a asumir posiciones reduccionistas, como para comprender las sollicitaciones que hacen a la Iglesia sectores católicos y gobiernos para que sea presuntamente fiel a sí misma, es decir, a las funciones que le han asignado dentro de su propio proyecto político. La historia siempre puede ayudar a la lucidez.

José Arteaga

Alfonso Alvarez Bolado, **El experimento del nacionalcatolicismo, 1939-1975**. Cuadernos para el diálogo, 1976. Madrid.